

céfiro

ZÉPHYROS

**REVISTA DE
ECONOMÍA Y GESTIÓN**

AÑO 4 NÚMERO 3
PRIMAVERA 2017

“Usar” El Capital

Un ensayo sobre sus dimensiones “cualitativas”

Por José E. Castillo ¹

Se cumplen 150 años de la publicación del Tomo I de un texto monumental: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie* (1867). ¿Necesitamos leerlo en el siglo XXI? Sin duda, a condición de que no se trate de una mera obligación académica, o tenga el objeto de sumar simplemente una nueva “interpretación” a las numerosas ya existentes. Marx refiriéndose a sus libros, rotos, marcados, deslomados, decía “son mis esclavos”. *El Capital*, un texto inmenso, de una riqueza de contenidos que supera lo alcanzable por un solo lector en toda una vida, no debe ser tratado como una Biblia. Los que nos ubicamos dentro de la tradición marxista sabemos que tenemos que ser críticos (dándole todo el valor a esa palabra), en primera instancia del propio Marx. *El Capital* entonces, lo necesitamos leer, y releer, y estudiar, para transformar el mundo, como planteaba el propio Marx en la *tesis XI de Feuerbach*. Y transformar el mundo quiere decir, en la única clave de lectura que no falsea el contenido completo del pensamiento de Marx, ayudar a derribar revolucionariamente el capitalismo, un sistema social que, si se sigue sobreviviendo, va a llevar aceleradamente a la humanidad hacia la barbarie.

El Capital es mucho más que un mero texto de economía. El subtítulo “Crítica de la Economía Política” es la clave. Marx va a cuestionar los límites de la disciplina de su tiempo. Cientos de autores han explicado en qué consiste esa crítica: un cuestionamiento a la falta de historicidad de las categorías básicas de la economía política clásica (Smith, Ricardo). Que, en un nivel más elevado de abstracción, nos lleva a la crítica a la fetichización de esas mismas categorías (mercancía, valor, dinero, capital). Y una demolición (ya no “crítica”, porque en la tradición filosófica clásica alemana sólo se critica lo que efectivamente vale la pena) a todo lo que se va a denominar la economía vulgar, “apologética”, de su tiempo. Que, recordémoslo, es el antecedente más cercano al giro al marginalismo y al subjetivismo que va a desencadenarse a partir de 1870.

1. Docente e Investigador UBA y UNICEN. Licenciado en Economía. Correo electrónico: joseernestocast@yahoo.com.ar

Es enorme la cantidad de controversias abiertas a partir de la obra de Marx. En otro texto nos hemos referido a si Marx se limitó a escribir en este libro exclusivamente una crítica a la economía política como disciplina (existente en su tiempo) o, por el contrario, como es nuestra posición, subsumió e incorporó en el *Capital* la totalidad de su plan de trabajo de juventud². De esta manera, sus proyectadas “críticas al derecho”, “al estado”, no quedaron como textos pendientes y nunca escritos, sino que aparecen en la textualidad del propio *Capital*. Nótese la importancia de este posicionamiento para cuestionar posturas como las de Poulantzas o Miliband que planteaban la construcción de una “ciencia política marxista” o “sociología marxista” a partir de los otros textos de Marx (Manifiesto Comunista, XVIII Brumario de Luis Bonaparte, etc.), ya que en *El Capital* se encontraría sólo la crítica a la economía política³.

En este texto queremos referirnos a la potencia crítica de *El Capital* en relación a la propia disciplina que se ha dado en llamar “Ciencia Económica” (traducción imperfecta pero que se impuso del término original en inglés *Economics*). Esto nos llevará a un terreno de enfrentamiento donde también difiriremos de algunos planteos de lo que se ha dado genéricamente por llamar “heterodoxia económica” donde, fundamentalmente a partir de algunas interpretaciones de Keynes o David Ricardo (vía Piero Sraffa) se ha intentado responder a la ortodoxia alejándose del núcleo central de planteos del propio Marx.

¿Qué es *El Capital*?

La pregunta parece de Perogrullo. Pero merece su explicación. Estamos hablando de una obra “viva” e inconclusa. Recordemos que Marx exclusivamente publicó en vida el Tomo I, que lleva como subtítulo “el proceso de producción del capital”. Pero aún este texto sufrió al menos dos modificaciones importantes: la que lleva de la primera edición a la traducción francesa de Roy (1871-75), dónde el propio Marx interviene y “corrige” la propia edición príncipe. Y la mucho más importante, y diríamos definitoria, modificación que se produce en la segunda edición alemana (1873), donde hay un reordenamiento y algunas modificaciones conceptuales fundamentales en el primer capítulo de la obra.

Pero, aún el mero hecho de comprender a fondo el Tomo I, nos requiere retroceder a dos textos anteriores. En primer lugar a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859), ya que el propio Marx en el prólogo a *El Capital* insiste en que este se trata de una “continuación” a dicha obra. Y que el capítulo primero no es más que un resumen de aquella, que ha excluido todo lo referente a la historia de la teoría del valor y el dinero. Permítasenos diferir respetuosamente con el propio Marx: la elaboración de la teoría del valor y la derivación de categorías (mercancía, valor, dinero) presentes en el capítulo 1 de la sección primera y el capítulo 3 referido al dinero, contiene elaboraciones mucho más desarrolladas y maduras que en la *Contribución*. Aunque es cierto que adolecen del erudito recorrido histórico que Marx presenta en el texto de 1859, y que resulta sumamente importante para poner en contexto sus ideas.

2.Castillo, José, *La genealogía del Estado en Marx*, en Mabel Thwaites Rey (comp.), *Estado y Marxismo: un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

3.Miliband Ralph y Nicos Poulantzas, *Debates sobre el Estado Capitalista*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.

Pero, a la vez, la plena comprensión tanto de *El Capital* como de la propia Contribución sólo puede hacerse retrocediendo a sus propios materiales de elaboración, los “*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse] (1857-1858)*”. En estos manuscritos no sólo se encuentran numerosas claves de interpretación para todo el tomo I, empezando por el monumental “*método de la economía política*”, presente en la introducción, sino las primeras claves para un descubrimiento fundamental de Marx: que la ganancia y la renta son sólo formas de una categoría que las engloba, y en la que está la clave del funcionamiento del sistema capitalista: la plusvalía.

Tenemos entonces esta primera tríada (*El Capital* Tomo I, la *Contribución* y los *Grundrisse* de 1857-58). A ello le tenemos que agregar que la obra sólo se completa con los tomos II y III, publicados por Federico Engels luego de la muerte de Marx en 1885 y 1894 respectivamente. Pero, y aquí está la clave, escritos antes que el Tomo I. Esto es sumamente importante: con ello se derrumba toda la crítica “fácil” a Marx hecha por el pensamiento neoclásico, que sostenía que dado que los planteos de la teoría del valor trabajo y la plusvalía no podían sostenerse con la tendencia a la igualación a las tasas de ganancia, Marx “habría construido a posteriori” una imperfecta solución en el tomo III⁴.

La lectura atenta de los manuscritos de 1861-1863 y de la llamada “tercera redacción de *El Capital*” (1863-1865) nos demuestra que Marx elaboró los materiales de los Tomos II (el proceso de circulación del capital) y III (el proceso de producción capitalista en su conjunto) antes de la redacción definitiva del Tomo I (en 1866). Más aún, en medio del proceso de redacción de esos años, Marx se detiene a dar un larguísimo rodeo donde recorre detalladamente todo el pensamiento económico existente hasta entonces, produciendo las páginas que luego Karl Kautsky publicaría en 1905 bajo el título “*Historia crítica de la teoría de la plusvalía*” y que algunos han dado en llamar, injustificadamente, el “tomo IV” de *El Capital*.⁵

Todos estos materiales, más algunas modificaciones menores (principalmente sobre el tomo II) y algunas notas marginales al Tomo I, fueron las tenidas en cuenta por Engels para las ediciones tercera y cuarta del Tomo I (que quedará a partir de allí como “definitivo en 1890) y para la publicación de los Tomos II y III.

Todos estos escritos, más las cartas que sobre el tema intercambiaron Marx y Engels a lo largo de los años, y algunos textos tardíos de Marx (como las *Notas marginales al tratado de Economía Política de Adolph Wagner* (escritas entre 1879-1880) constituyen una vasta obra única, que sólo puede ser comprendida de conjunto. Una “popularización” en un estadio ya maduro de la escritura de Marx puede encontrarse en las conferencias de 1865 ante la Asociación Internacional de Trabajadores (I Internacional) que se encuentran publicadas como *Salario, Precio y Ganancia*.

4. El texto básico de crítica a *El Capital* desde la perspectiva de la escuela austríaca es Böhm-Waker, Eugene, *La conclusión del sistema marxista*, Unión Editorial, Madrid, 2000.

5. Varios autores se han destacado en seguir la “construcción” de *El Capital*. Recomendamos a Rosdolsky, Roman, *Génesis y estructura de El Capital de Marx*, Siglo XXI, México, 1978 y la tríada de Enrique Dussel: *La producción teórica en Marx, Un Marx desconocido: un comentario de los manuscritos 1861-63 y el último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*, en todos los casos publicados por Siglo XXI.

Todo esto citado previamente es “*El Capital*” en su plenitud. Precisemos brevemente la relación de este conjunto con algunos textos anteriores. El primer “encuentro” con la economía política como disciplina da lugar en Marx a los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Texto donde aparece el concepto de alienación/enajenación (entfremdung/ entäußerung). Precisemos la ubicación correcta de este material. Como bien lo señala el propio Marx: “*hemos partido de las premisas de la economía política. Hemos aceptado su terminología y sus leyes*”⁶. Por lo tanto no hay aquí todavía una “crítica” de la economía política. Sin embargo, esta simple lectura, cruzada por las categorías de la filosofía clásica alemana (principalmente Feuerbach) le permite ya plantear el problema de la alienación/enajenación, antecedente a lo que luego en *El Capital* será desarrollado como “el fetichismo de la mercancía”. Algunos autores, encabezados por Luis Althusser (ver *La Revolución Teórica en Marx y Para leer El Capital*) rechazan el carácter “científico” de los *manuscritos del 44* remitiéndolos a una etapa “premarxista” del autor (junto con todas las obras de juventud), anteriores a una supuesta ruptura epistemológica que se produciría alrededor de las *Tesis de Feuerbach* y la *Ideología Alemana*. No es nuestra lectura: el concepto de alienación permanece, es reconvertido y vuelto a utilizar en varios momentos durante la preparación de *El Capital*.

Pero sí es cierto que hay una “ruptura” en Marx que aún no se ha producido: su quiebre definitiva con David Ricardo. La relación compleja y contradictoria entre Marx y Ricardo, de “crítica y recaída de Marx en las concepciones ricardianas” atravesará diversos textos: *La Miseria de la Filosofía*, el *Manifiesto Comunista* y especialmente *Trabajo Asalariado y Capital* (que fue el primer intento de Marx de plantear su concepción económica “popularmente” en un curso para obreros). El nudo, a nuestro entender, está en la utilización en esos años por parte de Marx de la expresión ricardiana “valor del trabajo” para referirse a lo que, a partir de la elaboración de *El Capital*, pasará a llamarse “valor de la fuerza de trabajo”. Veremos más adelante que no se trata de una simple sutileza terminológica.

El Capital, entonces, comienza a ser elaborado ahí donde Marx rompe conceptualmente con David Ricardo. Se trata de su diferenciación cualitativa con la teoría del valor ricardiana y del descubrimiento de la categoría plusvalor y su necesaria prelación en el análisis a sus manifestaciones como ganancia, renta o interés. Y en la llegada, recién cuando se “baje de nivel de abstracción” a los problemas de la distribución de ese plusvalor, en los precios de producción, la igualación de las tasas de ganancias y las crisis que se desencadenan ante la “tendencia a la caída” de dicha tasa.

¿Cuál es el objeto de *El Capital*?

Marx lo señalará ininidad de veces: quería escribir una herramienta de combate para la emancipación de la clase obrera basada en fundamentos estrictamente científicos: “*el objetivo último de esta obra es, en definitiva, sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*”. Y más específicamente “*el modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio a él correspondientes*” (ambas citas están en el Prólogo a la primera edición). Hay dos cuestiones que recorren la totalidad del

6. Marx, Karl, *Escritos de Juventud*, pag. 103, Editorial Antídoto, Buenos Aires, 2006.

texto: la necesidad de develar la forma que asume la explotación en el modo de producción capitalista. Y acá la categoría central, disruptiva, será la de plusvalor. Y en segundo lugar, explicar el hecho de que el modo de producción capitalista lleva en su propia forma de funcionamiento su tendencia a la crisis, prerequisite esencial para que la clase obrera pueda derrocar revolucionariamente al capitalismo. Todo el texto, todas las deducciones, y aún las larguísimas digresiones y ejemplos históricos (en un estilo que mezcla la deducción seca y abstracta de Ricardo, con la escritura larga y ligera de Smith, tamizada por los giros dialécticos de la filosofía clásica alemana, y todo completado con una belleza de redacción al nivel de los mejores narradores del siglo XIX), está al servicio de demostrar estas dos cuestiones.

Una cuestión primaria y esencial: la teoría del valor y el concepto de trabajo abstracto

La correcta comprensión de la derivación lógica desde la mercancía hasta el dinero (y que continúa luego hasta llegar al capital), resulta esencial. Aquí es dónde se precisa la exacta ruptura entre la teoría del valor de Marx y la de Ricardo. Para poder apreciarla, es conveniente separar analíticamente lo que Paul Sweezy llamará una dimensión “cualitativa” de otra “cuantitativa” en la teoría del valor marxista. Y el punto de ruptura pasa justamente por lo cualitativo.

Recorramos rápidamente el proceso presentado en el capítulo I del Tomo I. Así comienza El Capital:

“La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías, y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza”.

La riqueza de contenidos de esta oración es inmensa. Se quiere analizar “la riqueza” (lo mismo que Adam Smith, en una ubicación estratégica con respecto a la Economía Política clásica), pero inmediatamente se lo acota “de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista”, en una clara precisión del carácter histórico de las categorías y objeto de la disciplina.

Esa riqueza “se presenta” como una masa de mercancías. Marx nos propone empezar por lo concreto, por lo que está a la vista: la mercancía. Pero detengámonos en una primera expresión de cómo lo denomina nuestro autor: el “inmenso arsenal” (tal la traducción al español) en alemán es en realidad “eine ungeheure Warensammlung”, o sea una “monstruosidad”, un “monstruoso conjunto”. Ese “monstruo” sin forma, que aparece por primera vez, es una pintura perfecta de lo que a posteriori va a querer expresar Marx.

Toda mercancía es una cosa que tiene un conjunto de propiedades que le permiten satisfacer una necesidad (material o espiritual, directa o indirecta): un valor de uso. Y este es entonces el contenido material de la riqueza. Pero precisemos un poco más: ¿de dónde salen esos objetos, esas cosas, que se van a constituir en valores de uso? Del trabajo. Más específicamente del “lebendige Arbeit”, del trabajo vivo. Y esto sí está más allá de toda forma de organización social. Leamos a Marx:

“Como creador de valores de uso, es decir como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, condición de vida del hombre, y condición independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad perenne y natural sin la que no se concebiría el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza ni, por consiguiente, la vida humana”.

El trabajo vivo se ejecuta sobre un medio, la naturaleza:

“El trabajo, por tanto, no es la fuente única de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es el padre de esta, como dice William Petty, y la tierra, su madre”.

Siguiendo la extraordinaria lectura al respecto de Enrique Dussel, digamos que la naturaleza produce valores de uso ante “vivientes”. El valor de uso remite a propiedades físicas de una cosa cuando se coloca ante un sujeto. Es un satisfactor de las propiedades reproductivas de la vida en el medio.

Digámoslo con claridad: no es que simplemente “la mercancía” posee valor de uso. Cualquier objeto exterior que cumpla este requisito de satisfactor lo posee. No es una “propiedad” específica de las mercancías. No hay que confundir esto con el hecho que cualquier mercancía para serlo tiene que tener algún valor de uso.

Vayamos ahora sí a la otra cara de las mercancías. Su intercambio en el mercado. Ser parte de la inmensa red, no planificada previamente, de la división del trabajo. Acá sí aparece como cuestión central el hecho de que toda mercancía, más allá de su diferencia cualitativa con otra, es conmensurable, cuantificable y, por lo tanto, comparable. David Ricardo, que arranca por este punto, se lanza directamente a buscar la “medida social cuantitativa”. La encuentra en el trabajo medido en tiempo, resolviendo, así sea parcialmente, la paradoja que le había llevado a Adam Smith a reconocer este hecho, pero sólo “en el estado primitivo y basto de la sociedad”. La afirmación de Ricardo de que “el trabajo” es algo diferente al “valor del trabajo”, es una respuesta genial, un inmenso paso adelante...pero a la vez una fuente de errores.

El trabajo -que, siguiendo a Ricardo, a esta altura aún no sabemos exactamente que es- sólo puede determinarse conceptualmente en relación al tiempo. Precisemos: el trabajo se mide en tiempo (de trabajo). Que sólo se puede definir por diferenciación al acervo de capital, que sería...trabajo de un tiempo anterior (y por lo tanto acumulado). Adam Smith, en su confusión, había “mezclado” descuidadamente diversas denominaciones de “valor”. Así, se refería al valor de cambio como la expresión del cuánto se puede comprar de otros bienes con la mercancía que se posee previamente; pero otras veces hablaba de “valor o precio real” para referirse a la “pena o fatiga”, esto es “al trabajo que hay que ceder para obtener algo a cambio”; y también (y acá está la fuente de confusión que Ricardo logra parcialmente resolver) al “valor del trabajo”, entendiendo por tal al trabajo que se puede comprar (o sea la pena o fatiga que se puede imponer a otro). Ricardo “resuelve”, “separa”, diferencia con claridad la segunda y tercera de estas nociones. Pero no avanza en la exacta relación entre la primera y la segunda. Quedará “flotando” la denominación “valor del trabajo” hasta su crítica por Marx. Esto llevará a Ricardo a, tras creer haber resuelto el problema del valor, abocarse a lo que es según su parecer el objeto de la Economía Política, tal como lo expresa en el prefacio a los *Principios*: la distribución de la riqueza entre las clases sociales (que se resolverá en su análisis del salario, la ganancia empresaria y la renta de la tierra).

Pero la indefinición a la pregunta de qué es exactamente el trabajo seguirá recorriendo la obra de Ricardo, a la búsqueda de aquel tipo de trabajo, expresado a la vez en un tipo determinado de mercancía, que pueda hacer de “representación general de todos”. Será una búsqueda de la piedra filosofal, sin salida. Los meandros cuantitativos de Ricardo, sus idas y vueltas, las contradicciones entre los capítulos de su obra, arrancan a nuestro entender de acá. Digámoslo de una vez: Marx va a proponer una respuesta al problema “cuantitativo” del valor que le había quedado pendiente a Ricardo. Toda la elaboración que va desde la categoría de tiempo de trabajo socialmente necesario (en el propio capítulo I del Tomo I), hasta las más complejas elaboraciones del Tomo III alrededor de los precios de producción va en ese sentido. Pero no deja de ser una elaboración teórica más. La esencia del problema en Marx no está acá. Demostrar errores o inconsistencias en el proceso de transformación del Tomo III no “refuta” a Marx. Böhm-Bawerk⁷ no “demostró” que Marx estaba equivocado. Del mismo modo, los esfuerzos para “corregir” a Marx, o darle otra formalización a la teoría del valor trabajo, por muy laudables que sean, no van al “hueso” de la crítica de la economía política tal como aparece planteado en *El Capital*. Acá está, a nuestro juicio, la debilidad de ciertos planteos neorri-cardianos, de los cuales sin duda el sraffiano es el mejor.

Marx, después de definir el valor de uso, arranca del mismo punto que Ricardo, de que las mercancías aparecen también como portadoras materiales de un valor de cambio. Es una relación puramente cuantitativa que requiere para resolverse encontrar la homogeneidad en la conmesurabilidad:

(...)Este algo común no puede consistir en una propiedad geométrica, física o química, ni en ninguna otra propiedad natural de las mercancías. (...)Ahora bien, si prescindimos del valor de uso de las mercancías, estas sólo conservan una cualidad: la de ser productos del trabajo.

Aquí es exactamente hasta dónde había llegado Ricardo. Pero Marx va a avanzar más, enunciando la categoría de “trabajo abstracto”: si hacemos abstracción de las particularidades del trabajo humano, y por tanto de los trabajos concretos, lo que queda, lo que permite la comparación es lo que Marx va a llamar trabajo abstracto (o gasto indiferenciado de esfuerzo físico y mental).

“Si prescindimos del carácter concreto de la actividad productiva y, por tanto, de la utilidad del trabajo, ¿qué queda en pie de él? Queda simplemente, el de ser un gasto de fuerza humana de trabajo. El trabajo del sastre y el del tejedor, aun representando actividades productivas cualitativamente distintas, tienen de común el ser un gasto productivo de cerebro humano, de músculo, de nervios, de brazo, etc.; por tanto, en este sentido, ambos son trabajo humano. No son más que dos formas distintas de aplicar la fuerza de trabajo del hombre. Claro está que, para poder aplicarse bajo tal o cual forma, es necesario que la fuerza humana de trabajo adquiera un grado mayor o menor de desarrollo. Pero, de suyo, el valor de la mercancía sólo representa trabajo humano, gasto de trabajo humano puro y simplemente.

Marx ya había dado, previamente, una explicación gráfica de que entendía por trabajo abstracto:

7. Böhm-Bawerk, Eugene, *La conclusión del sistema marxiano*, Unión Editorial, Madrid, 2000

“Examinemos ahora el residuo de los productos del trabajo. Nada ha quedado de ellos salvo una misma objetividad espectral, una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma. Esas cosas tan sólo nos hacen presente que en su producción se empleó fuerza humana de trabajo, se acumuló trabajo humano. En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas, son valores”.

Acá, nuevamente, el texto en alemán nos da una clave que se suele perder en las traducciones. Lo que ha quedado es esa “mera gelatina de trabajo humano” (eine bloÙe Gallerte). “Gallerte” significa una sustancia amarillenta, como la que suele dejar marcada el sudor en los sobacos de una camisa. La expresión es significativa: el trabajo abstracto deja físicamente, una parte del trabajador, su “sudor” sobre la nueva mercancía. Esto es “trabajo vivo” (ledendige Arbeit), es el propio sujeto que se exterioriza en un objeto, que lo transforma con su esfuerzo. Esto es fundamental para comprender la profundidad de la crítica de Marx a Ricardo: exactamente por eso el trabajo no tiene valor (de ahí la inexactitud de la expresión “valor del trabajo”). El trabajo es la fuente del valor. El trabajo es creador de riqueza.

Sólo podremos pasar a los debates cuantitativos después de resuelto esto, el hecho de que es una contradicción en sí mismo hablar de valor de una mercancía, cuando el valor expresa una relación que pone en comparación a una mercancía con otra. Pero que, sin embargo, necesitamos derivar la categoría valor (diferente a valor de cambio) como paso previo en el análisis, bajo el riesgo de perdernos en los meandros cuantitativos. Marx lo aclara, ya avanzado el capítulo I, como reconociendo que puede haber dejado alguna confusión en su recorrido previo:

“Si bien al comienzo de este capítulo dijimos, recurriendo a la terminología en boga, que la mercancía es valor de uso y valor de cambio, esto, hablando con precisión, era falso. Se presenta como ese ente dual que es cuando su valor posee una forma de manifestación propia —la del valor del cambio—, distinta de su forma natural, pero considerada aisladamente nunca posee aquella forma: únicamente lo hace en la relación de valor o de intercambio con una segunda mercancía, de diferente clase. Si se tiene esto en cuenta, ese modo de expresión no hace daño y sirve para abreviar.

En síntesis, recién después de haber resuelto el tema de la sustancia del valor, y en esto el aporte de Marx es sustancialmente distinto y, a nuestro juicio, superior al de Ricardo, podemos pasar al análisis de la magnitud del valor, donde se planteará el tiempo de trabajo socialmente necesario como medida del valor de las mercancías. Que aquí Marx parezca volver a “las unidades de tiempo de trabajo”, similar a lo que hizo Ricardo, no nos debe confundir sobre el hecho de que se lo está haciendo en otro nivel de análisis que el de su antecesor:

“Por tanto, un valor de uso, un bien, sólo encierra un valor por ser encarnación o materialización del trabajo humano abstracto. ¿Cómo se mide la magnitud de ese valor? Por la cantidad de “sustancia creadora de valor”, es decir, de trabajo, que encierra. Y, a su vez, la cantidad de trabajo que encierra se mide por el tiempo de su duración, y el tiempo de trabajo tiene, finalmente, su unidad de medida en las distintas fracciones de tiempo, horas, días, etc.”

No nos vamos a detener en este texto en los detalles de cómo realizar esta medición. Marx lo hace extensamente en el propio capítulo I y autores posteriores aportaron muchísimo al respecto. A los efectos de lo que queremos trabajar aquí, nos basta una sencilla conclusión: que las magnitudes de valor varían directamente en relación a la cantidad de trabajo abstracto efectivizado e inversamente al desarrollo de las fuerzas productivas sobre las que se aplica ese trabajo.

Vemos entonces que hay una contradicción entre creación de riqueza material y esa particular forma de medirla que asumen las sociedades mercantiles que hemos denominado valor. Esta contradicción está dada por la capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas. El valor está medido por tiempo de trabajo: más tiempo, más valor. Si se incrementan las fuerzas productivas se puede producir más bienes en el mismo tiempo de trabajo, o dicho de otro modo, disminuir el tiempo de producción por unidad del bien. Y aquí hay una paradoja: el aumento de las fuerzas productivas que aumenta la riqueza material disminuye el valor.

En definitiva la producción de valor no es otra cosa que la expresión capitalista de que, para transformar la naturaleza, el hombre utiliza trabajo, y que a través de éste, transforma la naturaleza en producto para satisfacer necesidades humanas. Decimos “la expresión capitalista” porque la interrelación entre el hombre y la naturaleza, mediada por las herramientas y técnicas, es algo que siempre ha existido en la historia de la humanidad. De eso se trata el desarrollo de las fuerzas productivas. El valor es una expresión distorsionada de esto. Claro que, al manifestarse bajo la forma mercantil, transforma esa ley tan cristalina y simple, la que el ser humano necesita siempre trabajar (como dice la Biblia: “ganarás el pan con el sudor de tu frente”) en una ley complicadísima y oscura: la ley del valor, fuente del fetichismo de la mercancía.

El fetichismo

El fetichismo de la mercancía no es un “agregado” semi-filosófico al capítulo I de *El Capital*, como se lo ha tomado muchas veces. Es fundamental para la comprensión del conjunto de la obra. Aquí, siguiendo a Isaac Rubin⁸, vamos a acordar que el gran interrogante del texto, que en definitiva es el porqué de la opacidad del modo de producción capitalista, se encuentra en preguntarse por la *forma* que adoptan las relaciones sociales. ¿Por qué la riqueza adopta la forma de un cúmulo de mercancías? ¿Por qué el trabajo adopta la forma de creación de valor?

Acá está la clave del misterio del capital, planteado por Marx en un momento lógico de su exposición donde ni siquiera ha incorporado al trabajo asalariado ni a la explotación. Efectivamente, en el fetichismo de la mercancía está la llave de la comprensión de lo que sigue. Es lo que articula los geniales planteos juveniles de la alienación/enajenación, pero ahora mediados por una comprensión profunda de la teoría del valor. ¿De dónde brota el misterio, la personificación de las mercancías, de los mercados? La respuesta de Marx es abrumadora: de la forma misma. Veamos:

8. Rubin, Isaac Illich, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Pasado y Presente, México, 1982.

“Como vemos, el carácter místico de la mercancía no brota de su valor de uso. Pero tampoco del contenido de sus determinaciones de valor. En primer lugar, porque por mucho que difieran los trabajos útiles o actividades productivas, es una verdad fisiológica incontrovertible que todas esas actividades son funciones del organismo humano y que cada una de ellas, cualesquiera que sea su contenido y su forma, representa un gasto esencial de cerebro humano, de nervios, músculos, sentidos, etc. En segundo lugar, por lo que se refiere a la magnitud de valor y a lo que sirve para determinarla, o sea, la duración en el tiempo de aquel gasto o la cantidad de trabajo invertido, es evidente que la cantidad de trabajo se distingue incluso mediante los sentidos de la calidad del trabajo. El tiempo de trabajo necesario para producir sus medios de vida tuvo que interesar por fuerza al hombre en todas las épocas, aunque no le interesase por igual en las diversas fases de su evolución. Finalmente, tan pronto como los hombres trabajan los unos para los otros, de cualquier modo que lo hagan, su trabajo cobra una forma social.

¿De dónde procede, entonces, el carácter misterioso que presenta el producto del trabajo, tan pronto como reviste forma de mercancía? Procede, evidentemente, de esta misma forma. En las mercancías, la igualdad de los trabajos humanos asume la forma material de una objetivación igual de valor de los productos del trabajo; el grado en que se gaste la fuerza humana de trabajo, medido por el tiempo de su duración, reviste la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo; y, finalmente, las relaciones entre unos y otros productores, relaciones en que se traduce la función social de sus trabajos, cobran la forma de una relación social entre los propios productos de su trabajo.

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este quid pro quo (tomar una cosa por otra) es lo que convierte a los productos del trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales.

Para comprender a fondo el problema del fetichismo de la mercancía debemos plantear un problema importante: la diferencia que existe entre la ley del valor, aplicable históricamente, y el de las determinaciones del valor, que es más general, ya que se trata de las leyes humanas del trabajo. Es prístino, claro que en todo modo de producción el trabajo humano vivo consiste en desgaste físico y mental para apropiarse y transformar la naturaleza. De la misma manera, que la única forma de cuantificar ese gasto es en tiempo (horas, días, semanas, meses). Y que tanto el propio trabajo (su forma de ejecución, las herramientas que utiliza, las técnicas) como el tiempo promedio para ejecutar una tarea, surge del intercambio social entre los productores. A estas tres cuestiones Marx las denomina las *determinaciones del valor*. Porque en nuestra sociedad de generalización de las mercancías, en la sociedad capitalista, asumen una forma diferente, oscura: la forma valor. Y su capacidad de dominio asume la forma similar a un fetiche. No es casual que Marx recurra a la metáfora religiosa: las determinaciones del valor nos indican que las relaciones entre el hombre y la naturaleza en el acto de producir son claras, transparentes. Sin embargo, se “opacan”. En síntesis, el fetichismo de la mercancía no es otra cosa que el propio valor, la manera “mercantil”, “capitalista” en que se expresan las determinaciones del valor.

Vemos entonces que se refleja el carácter social del trabajo entre los hombres como características inherentes a los productos del trabajo, como propiedades naturales de las cosas. Este es el elemento fundamental: se convierten las relaciones entre personas en relaciones entre cosas. Lo que adopta la forma fantasmal de una relación entre cosas, no es otra cosa que la propia relación social. Marx tratará de profundizar en la causa de esta transformación, y dirá que se debe a la índole social del trabajo productor de mercancías, como productos de trabajos privados ejercidos independientemente. Y el fetichismo de la mercancía será el primer paso para descubrir toda la larga serie de fetiches sobre la que se construye el capitalismo: el fetiche del valor, del dinero y del capital.

El origen siempre misterioso y oculto del capital

La riqueza de análisis de *El Capital* es enorme, y muy lejos estamos en este texto de querer no ya agotarla, sino ni siquiera abarcarla. Por eso vamos a pasar por alto una construcción teórica impresionante de Marx: su teoría del dinero. Digamos solamente que procede de la continuidad de la derivación lógica desde la mercancía, pasando por el valor, hacia la materialización de la forma de valor en el valor de cambio (forma relativa del valor y forma equivalente), que decanta en el equivalente general y por lo tanto, en la forma dinero.

Donde sí nos queremos detener es en el comienzo de la sección segunda del Tomo I (capítulo IV) denominado *La transformación de dinero en capital*. Marx comienza siendo muy claro al respecto:

“La circulación de mercancías es el punto de partida del capital.”

Y luego:

“El dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital sólo se distinguen en un principio por su distinta forma de circulación... se transforma en capital, deviene capital y es, ya, conforme a su determinación, capital.”

¿Se trata de un simple cambio en el “orden” de los factores mercancía y dinero? (paso de M-D-M a D-M-D, o eventualmente a la “desigualdad” D-M-D´). Es mucho más que eso. Aquí nace la monstruosidad del capital. O si se quiere, la monstruosidad ética del capitalismo:

“La circulación del dinero como capital es... un fin en sí, pues la valorización del valor existe únicamente en el marco de ese movimiento renovado sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida.”

Se trata de algo sin fin, por lo tanto infinito. Es, como dice Marx, *“el movimiento infatigable de la obtención de ganancias”*. Marx recorre las distintas formas que puede asumir ese capital personificado: pasa por el capital comercial y el capital que rinde interés. Pero se refiere a ellos como sus expresiones “antediluvianas”. Formas derivadas de algo mucho más profundo: la forma básica del capital. De ahí que Marx haga toda una serie de rodeos preguntándose cómo puede surgir una inequivalencia (un excedente) del mero intercambio de equivalentes. A esto Marx lo llama las “contradicciones de la fórmula general”. Es que nuestro autor,

después de decir que en el dinero ya está implícito el capital, nos plantea que el dinero todavía no es capital. El gran interrogante es cómo se da ese pasaje. No es una simple cuestión cuantitativa. Mucho dinero, infinito dinero, todavía tampoco es capital. Hace falta algo más. Requiere una exterioridad a sí mismo.

Y esa exterioridad es la existencia de la mercancía fuerza de trabajo. Con todas las determinaciones históricas que hacen que se pueda presentar como tal, planteadas por Marx en el capítulo IV y desarrolladas en un sentido más amplio en el XXIV (*Acumulación Originaria*). El propietario de los medios de producción, de trabajo muerto, les da vida a partir de su relación con la fuerza de trabajo. Y de ahí surge el plusvalor: es un proceso de creación. El plusvalor crea valor de la nada (como bien subraya Enrique Dussel). Por eso el capital también se torna invisible y misterioso: un nuevo fetiche, que convierte al capitalismo en la idolatría de un falso dios. Leamos a Marx, en capítulo V:

“Al transformar el dinero en mercancías que sirven como materias formadoras de un nuevo producto o como factores del proceso laboral, al incorporar fuerza viva de trabajo a la objetividad muerta de los mismos, el capitalista transforma valor, trabajo pretérito, objetivado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, en un monstruo animado que comienza a ‘trabajar’ cual si tuviera dentro del cuerpo al amor”. Lo último remite a una cita del Fausto de Goethe, donde en una canción los bebedores dicen que una rata envenenada salta de angustia “cual si tuviera dentro del cuerpo el amor”.

El trabajador entonces, convertida ya su eterna relación de mediación con la naturaleza llamada “trabajo” en la forma “mercancía fuerza de trabajo”, se enfrenta a un propietario de dinero, que puede, porque existen separados del productor, adquirir medios de producción. Pero el momento en que el dinero deviene capital es cuando paga salario (la forma concreta, materializada que toma el valor de cambio de la fuerza de trabajo). A partir de ahí, desde la “nada” del trabajo muerto, osificado, previo en medios de producción, el trabajo vivo del obrero produce el plusvalor. Y entonces se crea el capital. Es un proceso que Marx trabaja con una enorme profundidad teórica en el capítulo V (*Proceso de trabajo y proceso de valorización*), qué solo puede comprenderse si se complementa con el llamado capítulo VI (inédito) *Resultados del proceso inmediato de producción*, parte de los manuscritos de 1863-1865, donde podemos encontrar los reveladores conceptos de subsunción formal y subsunción real del trabajo al capital.

¿Por qué empezar por la dimensión cualitativa?

El Tomo I es el corazón de *El Capital*. No solamente porque fue el único publicado, y para ello corregido obsesivamente por Marx. Sino particularmente porque, manteniéndose en el nivel de la producción del capital, concentró lo esencial de este modo de producción: como el trabajo vivo, el esfuerzo, el “sudor” del obrero, crea *de la nada* la riqueza del capitalista. Como hace “revivir” el trabajo muerto, anterior, los medios de producción, que sin esa savia del trabajo vivo no serían capaces de generar absolutamente nada, por más ciencia, tecnología, invenciones u organización de la producción en el papel.

Por eso propusimos poner el eje en este aspecto, que llamamos “cualitativo”, de las categorías de Marx. Por supuesto que esto no quita la importancia de seguir el espiral dialéctico y llegar a las dimensiones cuantitativas. Algunas de ellas están en el propio Tomo I, como las que refieren al tiempo de trabajo socialmente necesario. O las que permiten comprender el plusvalor como el tiempo (y por lo tanto cuantificable) no pagado de la jornada de trabajo. Las definiciones de plusvalía absoluta, relativa, la relación cuantitativa que se establece entre capital constante y variable (composición orgánica del capital) y la propia tasa de ganancia, son todas proporciones, relaciones, fundamentales para captar el funcionamiento de conjunto del capitalismo. Pero corremos el riesgo de equivocarnos si no las analizamos a la luz de que significan cada uno de estos conceptos en términos de diferentes formas en que se manifiesta el trabajo vivo.

Así, por ejemplo, mientras el capital constante puede crecer casi sin límites en su relación con el capital variable, incrementando la composición técnica del capital y, si se dan determinadas condiciones, la propia composición orgánica, existe un límite que se puede expresar hasta matemáticamente con respecto a la tasa de plusvalor: la jornada de trabajo no puede incrementarse más allá de las posibilidades del propio ser humano; el salario no puede reducirse más allá de un mínimo que pone en riesgo la vida misma. Así, la lucha de clases, la pelea de la humanidad trabajadora por su propia supervivencia frente “al vampiro que le chupa su sangre, el capital (la expresión es del propio Marx), penetra en todas las fórmulas por más matemáticamente que se puedan formalizar.

Dijimos más arriba que Marx tenía dos objetivos al escribir *El Capital* y encontrar las leyes de funcionamiento de capitalismo: sacar a la luz, demostrar lo que aparecía como opacidad de la explotación del trabajador por la burguesía, fue el primero de ellos. Pero a esto le sumó intentar comprender por qué el capitalismo llevaba inscripto en su propia dinámica la tendencia a la crisis. Que Marx veía como una sentencia de muerte, siempre prorrogada mientras la clase obrera no se levantara y triunfara en la revolución social.

Y en su búsqueda de la dinámica hacia la disolución del capitalismo, tenemos que decir que Marx nunca culminó acabadamente una teoría de la crisis. Marx afirma que el capitalismo lleva en sí mismo el germen de su crisis. Pero no termina de desarrollar a fondo las causas ni la génesis de esta. Ello se debe, en parte, a que su propia elaboración teórica en *El Capital* queda inconclusa. Pero también a que solo podía ver las manifestaciones de la crisis que se sucedían en su época. Así, en el Posfacio a la Segunda Edición de *El Capital* (1873), afirmaba:

“El movimiento contradictorio de la sociedad capitalista impresiona al burgués práctico del modo más notable en los cambios del ciclo periódico que la industria moderna recorre y cuyo punto culminante es la crisis general. La crisis se aproxima una vez más, aunque no esté todavía sino en su etapa preliminar; y por la universalidad de su escenario y la intensidad de su acción, hará resonar la dialéctica inclusive en la cabeza de los hongos advenedizos del nuevo sagrado imperio pruso-germano”

Ahora bien, Si tratamos de rastrear las distintas enunciaciones con respecto a la crisis capitalista, lo primero que encontramos está en el *Manifiesto Comunista*. En ella aparece la génesis de lo que podríamos denominar “crisis de sobreproducción”:

“Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial se destruye, sistemáticamente no solo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante la crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo esto, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propia sociedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? Por una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; por otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, entonces? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas”.

Pero esta teoría de la crisis, como ya señalamos, es previa a que Marx llegue a su crítica a la teoría del valor ricardiana. Es muy valiosa, porque rompe con la propia cosmovisión de Ricardo (basada en este punto en Say) y se apoya en la tradición subconsumista.

Marx, siguiendo las lecturas de los economistas clásicos, observa la importancia que estos le dan a la tasa de ganancia o beneficio como factor estratégica de desencadenamiento de la crisis y, eventualmente, del estado “melancólico y triste” (Smith) o virtualmente del estancamiento (Ricardo). Pero el dato fundamental es cuando descubre que, antes de proceder a analizar la dinámica de dicha tasa hay que comprender que:

“Todos los economistas caen en el error de considerar al plusvalor no puramente en cuanto tal, sino como una forma particular de la ganancia y la renta. Tales necesarios errores teóricos deben producirse... [porque] se toma el plusvalor como [forma de] ganancia” (Manuscritos 1861-63, MEGA, II, 3/2-4, Berlín, Dietz, 1977ss, traducción de Enrique Dussel)

Por eso la aprehensión de la crisis en *El Capital* requiere la previa derivación de la categoría plusvalor. Marx irá desarrollando su análisis de la “posibilidad” de la crisis capitalista a medida que van apareciendo lógicamente las categorías. Por eso podemos decir que, analíticamente tenemos tres “teorías” de la crisis. La primera que se desprende de la propia aparición del dinero, al poder separar el acto de compra del acto de venta. Esta evidentemente tiene puntos de contacto con la “crisis de sobreproducción”. Sin embargo esta

concepción no es estrictamente hablando una "teoría de la crisis capitalista", ya que podría ser aplicada a cualquier economía mercantil (o sea donde haya mercado, no necesariamente a una economía capitalista con propiedad privada de los medios de producción y trabajo asalariado). Se trata, entonces, de un planteo "general" de la posibilidad de la crisis.

Las otras dos "teorías" que aparecen en el capital sí son propias del modo de producción capitalista. En el Tomo II aparece lo que podríamos llamar crisis "por desproporción entre los sectores de la producción". En este planteo lo que quedaría afectado sería la posibilidad de sostener en el tiempo la reproducción ampliada del capital. Siguiendo este razonamiento y poniendo énfasis en que esto lleva a una teoría del subconsumo, es que surgieron las concepciones de Rosa Luxemburgo.

La tercer "teoría de la crisis" que aparece en *El Capital* y sin duda la considerada más importante es la de tendencia a la caída de la tasa de ganancia, desarrollada en el Tomo III. Mucho se ha escrito sobre la indeterminación de la propia fórmula de Marx acerca del sendero de la tasa de ganancia. También sobre las propias dificultades estadísticas para medir en términos macroeconómicos la propia tasa de ganancia. Es evidente que el propio Marx, por lo menos en la redacción que quedó como "definitiva" a su muerte de (Tomo III, Sección Tercera, capítulos XIII, XIV y XV) se enreda en su presentación de la tendencia y lo que llama "las causas contrarrestantes".

La fórmula de la tasa de ganancia (tasa plusvalía/composición orgánica del capital +1) y su tendencia a la caída, encierra consecuencias políticas muy importantes. No es sólo "una fórmula técnica", aunque tiene su parte "puramente técnica" (alrededor de la composición orgánica del capital). En el denominador la composición orgánica del capital expresa la tendencia permanente a la mecanización del trabajo, sólo atenuada por la reducción en valor de los propios medios de producción. Pero lo esencial es que el numerador es la tasa de plusvalía, que expresa exactamente el "resultado" de la relación de fuerzas de la lucha de clases. Dice Marx:

"Adrede exponemos esta ley antes de explicar cómo se descompone la ganancia en distintas categorías promovidas respectivamente al rango de su autonomía. Como esta exposición no depende de la división de la ganancia en distintos elementos que corresponden a diferentes categorías de personas, ello demuestra desde el comienzo que la ley, en su generalidad es independiente de tal división y de las relaciones recíprocas que rigen las categorías de ganancia que resultan de ello. La ganancia de que aquí se trata es nada más que otra denominación de la plusvalía, estudiada en su relación con el capital total, en lugar de hacerlo respecto del capital variable del cual nace. La baja de la tasa de ganancia traduce, en consecuencia, la de la relación de la propia plusvalía con el conjunto del capital anticipado, y es, entonces, independiente de toda distribución -sea cual fuere- de dicha plusvalía entre diferentes categorías de beneficiarios."

Podemos afirmar que casi la totalidad de las incomprensiones, "refutaciones" o intentos de ataque a la construcción monumental de *El Capital* arranca de la no comprensión de los diferentes niveles de análisis en que se hallan los tomos I y III (mediados por la situación intermedia, relativa a la circulación, la proporcionalidad entre sectores y el factor "tiempo" del Tomo II).

El funcionamiento del sistema capitalista y su crisis requiere de los desarrollos de los tres tomos. Como bien señala David Harvey⁹, el problema de la realización de la plusvalía, y por lo tanto una correcta refutación de las posiciones keynesianas estaría incompleta sin los largos capítulos de la reproducción simple y ampliada del Tomo II. Y entender profundamente la crisis capitalista es imposible sin arribar al Tomo III, y a las contradicciones que, efectivamente, se derivan de la tasa de ganancia.

Es evidente que es parte del programa de investigación marxista la crítica de las “soluciones” cuantitativas que el propio Marx propuso en esos tomos nunca publicados. Bienvenidas sean los análisis, los intentos de modelización matemática y las correcciones necesarias. Pero lo que nunca debemos olvidar es que hay una línea de demarcación, un abismo, que nos separa de lo que son esas mismas categorías para el resto del pensamiento económico. La mercancía, el dinero, el capital, son formas fetichizadas del trabajo vivo. El salario no es “el equivalente a la productividad marginal del trabajo”, pero tampoco cualquier otra corrección que, en el intento de acercarlo más a la realidad empírica, termina aceptándolo como “factor de producción”. El capital no es el acervo de máquinas, ni siquiera el “adelanto” monetario. Son la expresión de relaciones sociales, de la realidad “viva” (insistimos con esta palabra) de la explotación. Pero el salario, la ganancia, incluso la renta, ni hablar de la fuerza de trabajo y el capital, tampoco son las categorías “ahistóricas” de Smith y Ricardo. El mayor riesgo de las revisiones neomarxistas es olvidar esto, lo que en este artículo llamamos “la dimensión cualitativa”, desarrollada a fondo en el Tomo I.

La crítica de la economía política necesita seguir avanzando tanto en el terreno analítico como para contar con mejores herramientas para comprender la actual dinámica de un capitalismo en crisis, decadente, que se sobrevive a sí mismo como régimen social, hundiendo a la humanidad en niveles de desigualdad nunca vistos en la historia y poniendo a todos los habitantes del planeta —por primera vez— ante la disyuntiva de la destrucción de nuestro medio ambiente. Los que leemos y releemos obsesivamente *El Capital* no debemos olvidar, a riesgo de “desgajar” la producción de toda una vida de Marx, que el verdadero “uso” de este libro consiste en buscar las claves para la emancipación de la clase trabajadora, entendida como la destrucción del capitalismo y el comienzo de la construcción de una nueva sociedad, sin explotadores ni explotados, el socialismo.

9. Harvey, David, *Guía de El Capital de Marx, Libro Segundo*, Akal, Madrid, 2013.